

35. La Oración

E. J. Waggoner

La oración es el canal de la comunión del alma con Dios. A través de ella, nuestra fe asciende a Dios y sus bendiciones descienden a nosotros. La oración de los santos asciende como incienso ante Dios. De hecho, ellos entran en su presencia (Salmo 140:2; Apocalipsis 5:8; 8:3, 4). La oración es el índice de la espiritualidad del alma. Existe *la oración de fe*, de la que habla Santiago, y también la oración vacilante, mencionada por el mismo escritor. Existe *la oración eficaz y ferviente*, que *puede mucho*, y también la oración fría y formal, que de nada sirve. Nuestras oraciones muestran la medida exacta de nuestra espiritualidad.

La oración eficaz se aferra por fe a la palabra de Dios. La fe no solo cree que Dios existe, sino que «*es galardonador de los que le buscan diligentemente*» (Hebreos 11:6). Se ofrece no formalmente, sino con sentido de necesidad; no con duda ni desesperación, sino con plena confianza en que es oída y recibirá respuesta a su debido tiempo.

La oración eficaz no es argumentativa, pues no es potestad del hombre discutir con Dios. Sus declaraciones no tienen por objeto transmitir información a Dios, ni persuadirle para que haga lo que no había tenido intención de hacer. Dios no puede ser persuadido por el hombre. Los argumentos y apelaciones de un hombre finito no pueden cambiar la mente del Omnipotente. El hombre de fe no suplica a Dios con tal propósito. No quiere persuadir a Dios para que obre a la manera del hombre, pues cree en la declaración de Dios de que «*como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos*». Su oración es siempre: *Hágase tu voluntad, no la mía*.

¿Qué es entonces la oración, y con qué propósito se ofrece? Es la expresión de nuestro consentimiento a aquello que Dios está dispuesto y esperando hacer por nosotros. Es expresar a Dios nuestra voluntad de dejarle hacer por nosotros lo que él quiere hacer. No nos corresponde a nosotros instruir al Señor respecto a lo que necesitamos. «*Vuestro Padre celestial sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis*». Él sabe lo que necesitamos mucho mejor de lo que nosotros mismos lo sabemos. «*Pues no sabemos qué pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables*» (Romanos 8:26).

Dios conoce cada necesidad que tenemos y está dispuesto y ansioso por darnos aquello que las suplirá; pero espera que nos demos cuenta de nuestra necesidad de Él. Él no puede, de manera consistente con los principios infinitamente sabios por los que obra, conceder a los hombres bendiciones espirituales que no apreciarían. Él no puede obrar para el hombre sin la cooperación del hombre. El corazón debe estar en una condición para recibir un don apropiado antes de que pueda ser concedido. Y cuando está en esa condición, sentirá un anhelo sincero que naturalmente tomará la forma de oración. Y cuando se siente este anhelo, cuando el alma siente un deseo intenso por la ayuda que solo Dios puede dar, cuando el lenguaje del alma es, «*Como el ciervo brama por las corrientes de agua, así brama por ti, oh Dios, el alma mía*», el efecto es abrir el canal entre Dios y el alma y dejar que descienda el torrente de bendiciones que ya estaba esperando. Y es la intensidad del deseo lo que determina cuán ancha se abrirá la puerta.

Necesitamos darnos cuenta más de la gran verdad de que Dios ve y conoce todo lo que necesitamos y ha provisto para todas nuestras necesidades, incluso antes de que nosotros mismos hayamos considerado esas necesidades, y que nuestro trabajo no es determinar lo que debe hacerse para aliviarlas, sino ponernos en una posición en la que Dios pueda aliviarlas por los medios que Él ha provisto; conducirnos con Él, conocer su mente y así movernos de acuerdo con sus planes, y no emprender la tarea infructuosa de intentar que Él trabaje para nosotros según algunos planes nuestros.

PT, October 5, 1893